

Miércoles XX del TO
Ciclo B



21 de agosto de 2024

Ez 34, 1-11

Sal 22

Mt 20,1-16

P. Eduardo Suanzes, msps

En el evangelio hemos escuchado la parábola de Jesús sobre los obreros llamados a trabajar en la viña a diferentes horas, que solo aparece en el evangelio de Mateo. El protagonista de la parábola es, sin duda, el propietario y lo que hace. El punto focal de la parábola será la frase final: «¿O va a ser tu ojo malo (me vas a tener rencor) porque yo soy bueno?»

La primera parte de la parábola viene marcada rítmicamente por cuatro escenas con una constante y una variante. La constante es el verbo «salir» del propietario y la acción de «enviar» a los trabajadores a la viña en las cuatro horas del día. La variante se encuentra en el descenso del compromiso verbal del propietario con los trabajadores. En la primera escena se explicita un **pleno compromiso** o acuerdo entre el propietario y los trabajadores («ajustar» o «convenir»). Todo queda claro: los obreros (y los oyentes) saben que al final de la jornada recibirán un denario (que era el salario habitual de una jornada de trabajo). En la segunda escena (al medio día), el propietario se sigue comprometiendo, pero menos solemne y **más vagamente**: «os daré lo que sea justo». El oyente debe aplicar su propia lógica y, sin duda, pensará que los de esta hora tercia van cobrar menos, según el principio de la justicia común: cuanto menos se trabaja, menos se cobra. En la tercera escena (media tarde) el compromiso desciende aún más, pues ya **nada se habla** y sólo se menciona que el propietario hizo lo mismo que en la anterior (y, lo mismo que antes, el oyente irá calculando que estos de esta hora de la tarde cobrarán aún menos que los anteriores).

Hasta aquí todo transcurre dentro de la lógica cotidiana. Lo que hace este propietario es normal, pero lo que ya es más extraño es que salga tantas veces a reclutar trabajadores. Es normal que salga a las 6 y 9 de la mañana e incluso a las 12, Pero... ¡tantas veces! El oyente puede pensar que este propietario es desorganizado y poco previsor. Y, encima, que salga una vez más cuando ya casi va a ponerse el sol... Eso no es normal. Es el elemento chocante, propio de toda buena parábola, para captar la atención del oyente. Pero la solicitud de este propietario para con todos, reiterativa y constante, hasta el final, es una de las claves de la parábola. En esta primera parte se apunta ya que este propietario no es cualquier propietario, es alguien más «raro». Es decir, Dios es «raro» (según los criterios humanos, como se verá a continuación).

La segunda parte de la parábola es una sucesión de «despropósitos», de sorpresas. La primera es que el amo diga al administrador que pague primero a los que llegaron los últimos. Jesús quiere crear aún más atención. La segunda sorpresa es que los que apenas han trabajado reciben un denario, el salario de todo un día. Nadie se esperaba eso. Este dato trastoca toda la lógica de la situación, y lleva a los demás trabajadores (y al oyente, que es lo importante) a pensar que los que vengan después cobrarán más de un denario porque han trabajado más horas.

Aquí entra en juego toda la sabiduría de la parábola y toda su fuerza desmontadora. De repente, los trabajadores y los oyentes empiezan a olvidarse -interesadamente- de la justicia. La justicia vino definida al principio, cuando el patrono y los obreros «*se ajustan*» en un denario por jornada de trabajo. Ese «ajustarse» implica un diálogo, una negociación, que seguramente pudiera ser larga (¡estamos en oriente!). Al explicitar que propietario y trabajadores «*se ajustan*» se dice que hacen todo conforme a la justicia: fijan el período del contrato, horas trabajadas, salario, cantidad y hora de pago. ***Pero esto es percibido como «justo» sólo hasta el momento que llegan los trabajadores que apenas han trabajado y cobran el jornal íntegro.*** Los trabajadores veteranos y los oyentes empiezan a hacer cábalas ambiciosas: nosotros merecemos más.

Pero la realidad es otra. Cuando les toca el turno de cobrar, reciben lo mismo que los que trabajaron menos tiempo: un denario. Ante ese propietario todos son iguales. Para Dios no van a contar los méritos sino las personas en sí mismas y sus necesidades. El amor de este es Dios es indiscriminado para todos sus hijos, sean quienes sean. En el reinado de Dios no va a haber «méritos» sino sólo amor que se dona por sí mismo.

El reproche de los primeros trabajadores se delata a sí mismo: no le dicen al propietario que debe pagarles más a ellos porque han trabajado más, sino que ***se quejan porque ha pagado demasiado a los que apenas trabajaron.*** En esta queja se evidencian dos cuestiones. La primera es el ataque contra la bondad del propietario, contra su generosidad indiscriminada que supera lo que es «justo». La segunda va contra los últimos trabajadores en forma de desprecio hacia ellos. En el fondo, estos primeros desprecian a esos últimos porque se consideran con más méritos que ellos.

El punto focal de la parábola decía es este, el de la superioridad excluyente y despreciativa de los primeros hacia los últimos, y el reproche-negación de un Dios que no se comporta así, sino que ama indiscriminadamente a todos, independientemente de sus méritos.

Por contra, la imagen del propietario desvela al Dios que Jesús está proclamando. Ese Padre «*que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos*», ese Padre de quien no fluye cálculo mercantil o contable sino vida amorosa donada sin medida, ese Padre que es compasivo o misericordioso y que, en eso, es «perfecto» (Mt 5,48). En la parábola, salvo ese propietario, salvo ese Dios compasivo y misericordioso, nadie se ha fijado en la pequeñez de esos últimos trabajadores a quienes nadie ha querido; «*¿Por qué están aquí todo el día parados? Ellos le dijeron: 'Es que nadie nos ha contratado.' Él les dijo: Vayan también ustedes a la viña.'*». Nadie les ha contratado, nadie les ha demandado, nadie les ha tenido en cuenta... nadie les ha amado. Eso parece no contar bajo los criterios humanos legalistas, porque esa compasión, ese «conmoverse en las entrañas» ante la pena o desgracia de alguien, no entra en la categoría de los derechos, pues estos se basan en la retribución de méritos.

Aunque suene un poco extravagante, podría decirse que el mensaje de esta parábola es que el amor está reñido con la contabilidad.